

segunda moto (Yamaha Super Ténéré 750, prestada en Melilla para el viaje); de las cuales la hasta allí compañera en el viaje se desentendiera, tras una discusión por un quítate tú que me pongo yo anterior a mi paseo por el Valle del Ourika, gresca con desenlace de calentón y plaza a Tánger, que aun la cogió sin llevar para el billete, en el Marrakech-Express, dejándome en la ciudad al cargo de las dos motos.

A todo esto, el causante directo del accidente ya se había repuesto de sus rasguños, en parte gracias a unos misteriosos dibujos realizados por su madre con henna alrededor de los mismos, y de otra complementados (aunque en ello se pueda dudar) con una pomada negra de plata coloidal, adquirida en la farmacia, barata y sumamente efectiva, con la que igualmente realicé las curas diarias de la rodilla hasta que el tajo por donde antes la rótula se veía en toda su blancura regeneró sus tejidos, llegando a cerrar por completo sin mayor complicación y a una velocidad pasmosa, aunque me seguí ayudando de las muletas por no estropear la cosa. Aun me parece estar viendo a un anciano, al que creí ciego, que se puso un día a mi lado para cruzar la calle desde el Banco hasta la Plaza, y al cual ofrecí mi apoyado brazo; así nos llegamos lentamente hasta el otro lado, evitando apenas ser arrollados por el bullicio de coches, calesas con guiris, motos, carretas de transporte -tiradas de animales o de hombres que les piden el trabajo-, carromatos a motor, ciclomotores, bicicletas y otros tantos y tan diversos trastos rodantes como amenizan las calles de la ciudad; sucediendo que, ya alcanzado el objetivo, el anciano se despidió dándome una palmadita en el hombro, y haciendo una indicación al frente mostrando el camino para continuar yo solo; momento en el cual me percaté de que fuera él quien, viéndome desvalido, se había acercado para ayudarme. Deseo tanto, de todo corazón, que Dios le guarde, como que a mí tampoco me olvide.

Cuando pude recuperar tal agilidad que al menos me permitiera conducir de nuevo la moto guardada en el hotel, la saqué por fin de su letargo, y más ligera de lo que entrara, por faltarle, como comprobé, la casi totalidad de la gasolina del depósito, cuyo macarrón ni siquiera habían tomado la precaución de volver a fijar en debida forma los parientes de Caco que lo menearon, extremo sobre el cual el gerente



Yamaha XT 600, modelo similar a la moto protagonista de la historia

del hotel naturalmente carecía de noticia alguna, o al menos así lo juró por la sangre del Señor, que en todo caso no se estuvo allí para amonestarle en aquel trance, partiéndole con un rayo. Comprobado el juego de mi pie con la palanca de cambios, un tanto dificultoso pero practicable, coincidí luego durante la cena, en uno de los tenderetes de Djema-el-Fnaa, con un joven galo de aspecto hippie-trasnochado cuya más reciente gloria consistía en haber huido de Francia ante el requerimiento de las autoridades para el cumplimiento del servicio militar obligatorio. Llegado hasta Marrakech, donde ya la última reserva de dinero de que disponía dijo basta, se servía de su desvencijado camión para hacer transportes de mercancías donde, cuando y a quien bien le ofreciera el negocio; y en ése andaba él cuando me senté a su lado y me relató su vida y desdichas, tras la exposición de las cuales convine yo en poner solución a la que de entre ellas me pareció más principal aunque menos declarada, y que no era otra que su aturdimiento de mollera, visto el cual le ofrecí el remedio que consideré más equitativo para ambos, consistente en llegarse conmigo hasta Melilla, para allí pasar unos días de reflexión previa a la toma de tan importantes decisiones como sin duda le aguardaban; antes de ello, pasaríamos por el Ourika a recoger la moto averiada, para luego cargar la otra junto a ella en el camión y llegarnos tranquilamente hasta mi casa. Le pareció bien el plan, y nos acercamos al día siguiente hasta la villa donde quedara guardada la XT que, para mi grata sorpresa,

habían incluso lavado con esmero y cubierto luego con una tela, aunque, dobladas las horquillas y retorcido el manillar como estaba, daba más pena que gloria el verla. El guardés nos informó de que, puesto al habla por teléfono con el dueño de la casa, y ya éste al corriente del suceso, se le habían dado instrucciones de reiterarme, en cuanto diera yo señales de vida, la total disponibilidad del garaje durante el tiempo que hiciese falta y con todas las garantías, así se alargamos

“Llegamos por fin a La Adelantada con dos días de retraso, y en hora buena, porque cualquiera lo era para disfrutar de un buen baño caliente”

se más mi vuelta para recoger la moto. No tuve palabras para agradecer tanta amabilidad, y aun tuve que insistir para que el hombre aceptase la poco espléndida propina que alcancé a darle, no alcanzando mis posibles a sus merecimientos, y quedando todo por mí anotado para mejor y más próspero momento, aunque bien es sabido, por hartó publicado, que el agradecimiento que sólo consiste en el deseo es cosa muerta, como era muerta la fe sin obras.

Cargamos pues la XT, recogimos la 750 en Marrakech y, tras saldar deudas y prodigar agradecimientos y despedidas por toda la Plaza de Djema-el-Fnaa, sali-

mos hacia Melilla, recorrido en el cual invertimos cuatro días con sus noches, dadas las especiales características del camión que, no obstante su lentitud, y como buen gasoil de los antiguos, no era nada dado a detenerse por tantos y cuántos y más fastidiosos contratiempos como ahora ocurren, ya sea por causa de un chip, de un circuito, de otro, o de todos ellos juntos.

Llegamos por fin a La Adelantada con dos días de retraso, y en hora buena, porque cualquiera lo era para disfrutar de un buen baño caliente donde libranos definitivamente de los numerosos parásitos que, procedentes del ganado al cual el furgón había servido también como transporte, campaban a sus anchas por todos los rincones sin excepción de los nuestros, tras la despedida de sus primeros anfitriones camino del matarife.

Durante las semanas siguientes, en la primera de las cuales llegó de visita desde Agadir el amigo Roland, un alemán con el cual veníamos de recorrer gran parte del Souss marroquí antes de la ya relatada espantada de mi compañera hacia Tánger en el Marrakech-Express, fuimos persuadiendo al francés sobre lo peregrino de su evasión y los perjuicios que de ella ciertamente se seguirían en el futuro, aunque más difícil resultó el quitarle de la cabeza la última feliz idea que le sobrevino durante su estancia en Melilla, y que no fue otra que la de vender el camión para luego comprar una bicicleta con la que partirse hacia Argelia a recorrer el país, y como que el diablo no duerme es cierto cuanto aquí digo. Mi amigo Roland, comprendiendo al punto la situa-

ción del colega, y también la mía propia si allí en casa se instalaba sine die, tal y como ya se iba perfilando entonces el horizonte, presentó la solución a su parecer más conveniente al caso, y nunca le agradeceré bastante el que consistiera ésta en llevárselo en su coche hasta la frontera francesa, aprovechando él su vuelta a Alemania, ya que todavía se hallaba el mozo en plazo de solucionar el entuerto sin más grande perjuicio. Con todo, costó esfuerzo y no poca paciencia el argumentar por varias vías – gran especialidad alemana ésta, por cierto – la mayor conveniencia del arreglo propuesto, toda vez que el galo no había recibido de las Luces de Francia sino unos pocos restos, y aun de la sombra; la cual permitió, gracias al cielo, un atisbo de lucidez merced a la cual el camión fue vendido sin papeles en el Rastro por 15.000 pesetas, y el viaje se llevó a cabo según lo previsto, al menos hasta Murcia, donde algo debió de suceder aún de más extraordinario para que el bueno de Roland se deshiciese allí de la carga del fugitivo y continuase solo hasta Port Bou, y luego hasta Frankfurt, donde trabajaba como taxista.

Y aun a riesgo de extenderme, con menoscabo de la paciencia del lector, no puedo dejar de señalar el caso de la calavera de dromedario que ostentaba el Mercedes 200 D de Roland, sobrepuesta a la estrella de la marca, sobre la calandra. La dicha calavera, hallada ya tal en el desierto de las cercanías de Tafraout, recorrió de esa guisa todo el trayecto hasta Melilla, donde, en el Puesto de Beni Enzar, fue aplaudida la llegada del Mercedes, todo polvo y cráneo al frente, al unísono por el personal presente, incluidos los funcionarios marroquíes de la frontera. La autoridad melillense, menos dada a tales espontáneas festividades, aceptó no obstante sin problema el singular tránsito de la osamenta hacia el interior de la ciudad con un punto de contento, al igual que sus compañeros de Almería; quienes, sin embargo, ya no fueron secundados en Port Bou por la Gendarmería francesa, que objetó sobre el curioso añadido nada más verlo, ordenando su inmediata retirada del vehículo. En Austria, según cuenta Roland, ni siquiera se le hubiese ocurrido el intentarlo. Se echa de ver que, conforme aumenta la latitud, el sentido del humor va decayendo. La próxima reunión del tipo Azores, hágase por debajo del paralelo 27, a ver si canta otro gallo.